



Juan Negrín, Manuel Azaña y el general Vicente Rojo, en Barcelona en 1937. :: dv

Paul Preston reivindica al presidente Negrín

El hispanista describe la tragicomedia de los últimos días de la República en 'El final de la guerra' que se publica esta semana

:: IÑIGO GURRUCHAGA

LONDRES. Paul Preston, profesor en la London School of Economics, autor de libros sobre la Guerra Civil, de biografías de Franco, del rey Juan Carlos o de Santiago Carrillo, director del Centro Cañada Blanch, que desde la LSE de Londres promueve la investigación y la publicación de estudios sobre la España contemporánea, ha escrito ahora, según le ha dicho un amigo inglés, un libro de suspense.

'El final de la guerra', que esta semana publica la editorial Debate, no es realmente un libro de suspense pero Preston ha escrito un muy detallado relato de lo acontecido en el Gobierno de la República española en las últimas semanas de su existencia y, aunque el lector conoce el desenlace, la trepidante trama de sucesos y conspiraciones aproxima la experiencia a la lectura de una novela.

Preston (Liverpool, 1946) dice que este libro nace de un sentimiento de culpa por haber dado como buenas las memorias publicadas por Segismundo Casado, el oficial del Ejército que selló el final de la Guerra Civil liderando un golpe de Estado con apoyo de la anarquista CNT y de un sector del PSOE, que llevó a la rendición de los últimos

territorios gobernados por la República a las tropas de Franco.

El contexto es conocido. Una vez que el Ejército de Franco, con ayuda de fuerzas italianas y alemanas y la colaboración de Francia y Reino Unido con su política de no intervención, conquista el País Vasco y Asturias, su victoria está asegurada porque la ayuda rusa al Gobierno de la República no podía compensar la capacidad de producir armamento de las principales áreas minera e industrial.

Pero el líder del bando rebelde avanza lentamente, asegurándose de que sus conquistas son consolidadas por la destrucción de toda oposición al nuevo régimen. En el ban-

do republicano, el jefe del Gobierno, el socialista canario Juan Negrín, y su colaborador militar más estrecho, Vicente Rojo, lanzan ofensivas que fracasan en Aragón. Finalmente, intentan sin éxito cruzar el Ebro.

Negrín presidió la última reunión de las Cortes republicanas en el castillo de Figueras el 1 de febrero de 1939 y pasó luego tres días en pie viendo a dignatarios, soldados y civiles cruzar la frontera de Francia tras la pérdida de Cataluña.

Hasta entonces, pocos habían criticado su estrategia: lograr una victoria que retrasase el avance de Franco, que abriese la posibilidad de negociar un final.

Tras la pérdida de Cataluña, la tragicomedia humana que es la política española en las obras de Preston arroja una extensa lava. Se ve al glorificado presidente Azaña pasear por París, desentendido de todas las cosas y sobre todas ellas de aquello que a Negrín obsesionaba, evitar que sobre soldados y civiles que no tendrían el privilegio de ser evacuados



Paul Preston

no cayera la hecatombe servida por las tropas de Franco en todos los territorios conquistados.

Inteligente y laborioso

Se desentendió Azaña, el general Rojo se quedó también en París,... Preston cuenta el número de asientos vacíos en el avión que devuelve a Negrín a España.

La acusación es que Negrín está en manos de los comunistas, que comparten la estrategia de resistir hasta el final. Con Negrín y parte de su Gabinete refugiados en Elda (Alicante), Casado, al que alguien había descrito como «un hombre de frases», encabeza un golpe, en marzo de 1939, con el mismo argumento que el levantamiento del 18 de julio de 1936, el de evitar una dictadura comunista.

El libro de Preston es una galería portentosa de mentirosos, asesinos y fantoches, y algunos políticos serios y cabales. Entre todos ellos destaca Juan Negrín: «En los primeros días del golpe franquista hubo intentos de negociar y se creó un Gobierno formado sólo por republicanos y presidido por José Giral, porque se pensó que era la forma de congraciarse, aunque los otros ya estaban convencidos de que eran marionetas de los soviéticos -cuenta Preston-. El Gobierno demostró una incompetencia total. Entonces, hay que formar un Gobierno con Largo Caballero al frente, tan gilipollas como siempre. Nombra a Negrín ministro de Hacienda. Es un fisiólogo de renombre mundial que ha demostrado una gran capacidad administrativa creando el campus de la Universidad Complutense. La República era un desastre y Negrín endereza las finanzas, crea el Estado tras el colapso del anterior. Cae Caballero con el regocijo de Azaña y otros y nombran a Negrín presidente del Consejo de Ministros a su pesar. Organiza el esfuerzo bélico centralizado que no había antes. Pero tiene enfrente la maldad de británicos y franceses, la ayuda a Franco de Hitler y Mussolini y a favor el tímido apoyo de los soviéticos. La República estaba condenada a la derrota. Pero Negrín hace un trabajo sensacional. Por eso indigna que haya gente que le culpa de la derrota».